

Obra protegida por derechos de autor

THOMAS WINKLER

«Si un día vas caminando y te lo encuentras por la calle, no lo dudes. Corre. Corre lo más rápido que puedas».



**HISTORIA NATURAL DE LA
DESTRUCCIÓN**

Obra protegida por derechos de autor

Thomas Winkler

Historia natural de la destrucción

© Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro.

Si un día vas caminando y te lo encuentras por la calle, no lo dudes. Corre. Corre lo más rápido que puedas.

Si estás esperando el autobús y te pide ayuda. Si intenta cruzar una calle con el semáforo en rojo. Si trata de sortear una zanja o subir una rampa pronunciada. Déjalo. Es mejor que te alejes.

No tengas remordimientos. Que tu conciencia no te juegue una mala pasada. A veces es mejor dejar las cosas como están. No trates de alterar el destino.

De lo contrario, podrías arrepentirte durante el resto de tus días.

Si ves a un tipo gordo con dos mechones lacios en la cabeza, con un suéter desgastado, con manchas de vino en el cuello de la camisa. Si ves en sus manos el mando a distancia de una puerta de garaje. Si puedes oler lo que ha comido a tres metros de distancia.

No corras. Vuela.

1

El aire frío en la cara antes de entrar por la enorme puerta giratoria que da acceso a los laboratorios. El olor a lejía, a antisépticos, en los lavabos. Los pasillos amplios, vacíos. El suelo que resbala y reluce cuando los cañones de luz artificial chocan contra las baldosas grises. A la izquierda, la covacha de los bedeles, verde, de plástico prefabricado, en cuyas paredes lisas cuelgan un par de calendarios y la fotografía de un niño pequeño. Afuera resuenan los ecos de los coches alejándose y acercándose, acercándose y alejándose, en una sucesión interminable. Larga mañana de invierno. Y yo aquí, solo, encerrado voluntariamente en este enorme edificio de muros grises. Directo al laboratorio.

Tienes que girar a la derecha y subir las escaleras que llevan al segundo piso. En el centro del pasillo, una vez más, la covacha de los bedeles. Un hombre, haciendo caso omiso de los enormes carteles de prohibición, fuma y navega en su teléfono portátil. Su uniforme azul le confiere la vana

autoridad de señor de todas las llaves, de pitufo gruñón de las instalaciones. Le saludo con la mano y ni tan siquiera me mira. El móvil que tiene sobre la mesa escupe las últimas canciones de la radio, las noticias. Lo que sea con tal de olvidar que nosotros también somos sujetos de experimentación, cobayas en laberintos artificiales.

Sigo caminando y llego a la puerta blanca que da al laboratorio. Tengo la llave, pero aún me tiemblan las manos de frío, así que me cuesta trabajo llevarla a la ranura, introducirla, girarla hasta que suena un clic hueco y lejano. La puerta se abre, las luces están apagadas, los calefactores desactivados. Otro golpe de frío me estremece el cuerpo, me hiela la cara. La temperatura ha de rondar siempre los cinco grados. Condiciones experimentales. Pajas mentales que un día se le ocurrieron a algún chiflado y que hemos cumplido a rajatabla desde entonces, durante décadas enteras.

«Qué vas a hacer ahora», pienso. «Qué coño pintas tú aquí».

Me gusta venir los viernes al laboratorio. Aquí estoy solo en compañía de un bedel que navega en su móvil y escucha la radio. O sea, que estoy completamente solo. Son las diez de la mañana y las cobayas duermen tranquilas en sus jaulas. Cierro con fuerza la puerta y puedo oír el ruido de algunas patas que se agitan. Cuando estos bichos me ven empiezan a temblar.

No me extraña. Tienen motivos para hacerlo.

Me quito la chaqueta, la cuelgo en la percha de la entrada. Dejo mi mochila encima de la mesa y saco la botella de agua. Anoche se me fue un poco la mano y esta mañana mi cuerpo crujía como un tallo seco. Además el frío se me ha pegado a la garganta y siento profundas punzadas al tragar. Me duelen los ojos, me duele la cabeza. Así que cojo del bolsillo de la chaqueta el último Lorazepam que me queda.

Me trago el Lorazepam con un sorbo de agua y siento un latigazo que me estremece la garganta. Cierro los ojos, trato de ignorar el apesoso olor que desprenden las jaulas, y todo parece volver a la normalidad. En apenas quince minutos amainará la furia del mundo y las cosas volverán a cobrar

sentido. Tendré sentido yo, el laboratorio, las cobayas, el instrumental quirúrgico, el bedel, las paredes blancas, los microscopios, y todas las mierdas que utilizamos para diseccionar la vida en pequeños fragmentos aislados. Cobrarán sentido la luz que entra por la claraboya del techo, los árboles golpeados con violencia por el viento, el aire que entra en mis pulmones.

No hay nada mejor para el dolor de cabeza que una buena dosis de sentido. Al menos a mí me va bien con eso.

Abro la puerta de la taquilla. La bata está colgada en su percha. Parece un cadáver sin carne, los brazos caídos, el olor a cosa encerrada. Me la pongo y veo cómo me mira una cobaya con sus ojitos rojos, paralizada de espanto, con su hocico apuntando al techo. Avanzo hasta las jaulas y las cobayas empiezan a despertar, una tras otra, emitiendo nerviosos sonidos chirriantes. Esto es lo que deben sentir los dictadores, los celadores de las cárceles, los militares que han invadido una aldea enemiga. Tienes todo el poder en tus manos. Dispones de la vida y de la muerte, del placer y del sufrimiento. Soy un dios encerrado en su torre de marfil. Un preciso y eficaz distribuidor de lamentos.

Las luces van calentando lentamente el aire. Abro la puerta que da acceso a la otra sala del laboratorio. Ahí está, gris, mate, con sus paredes herméticamente cerradas, el laberinto. Está sobre una estructura de acero que soporta unos mil quinientos kilos. Podría meterme yo mismo en el laberinto y las patas de la mesa apenas se resentirían. Imagina la cantidad de cobayas y de ratas que podríamos meter a la vez.

La orgía del fin de los tiempos. La noche de Walpurgis.

Me froto las manos. El Lorazepam ha empezado a surtir efecto. Miro el reloj. Las diez y cuarto. Casi las diez y veinte. La hora ideal para empezar a trabajar. Tengo que elegir a la cobaya, así que me doy una vuelta por las jaulas. Me miran y se retuercen como los reos que saben que la última hora se acerca, su fatídico rumbo hacia la nada. Elijo a una especialmente repelente. Tiene el pelo sucio y mueve el hocico de arriba abajo como si fuera la antena de un satélite. Abro la jaula, meto la mano. La muy hija de

puta me clava las uñas y me muerde un dedo. «Joder», pienso, «contigo me lo voy a pasar en grande». La agarro del pescuezo y me la llevo a la otra sala. Abro la compuerta del laberinto. La cobaya se retuerce en mi mano.

Que empiece el espectáculo.

2

—¡Joder, tío! ¡Menuda mierda! —dice el Paralítico.

Me enseña su dedo atravesado por el destornillador. Tiene abierta la falange y de la herida brotan gruesas gotas de sangre espesa. Se gira, dirige la silla hacia el baño, y puedo escuchar las maldiciones que salen de su boca cuando mete el dedo debajo del grifo, cuando el agua helada le traspasa la herida. Rebusca en el botiquín, saca algodón y una tiritita, vendas, alcohol. Puedo verlo desde donde estoy sentado. Tiene las uñas negras, el poco pelo que le queda pegado a la frente, el jersey de lana salpicado de manchas de comida. Al rato sale con media mano vendada. Va hacia la mesa, coge el destornillador. Remueve las tripas de lo que parece el mando a distancia de la puerta de un garaje.

—¡Me cago en la puta, tío! —dice—. ¡Llevo un mes con esta mierda!

Levanto los ojos de mi revista y contemplo el brillo de las llantas metálicas de su silla reflejándose en el techo. Hace tanto frío que de nuestras bocas sale vaho cada vez que bostezamos. Al Paralítico le tiemblan las manos, pero no creo que sea del frío. Él es así. Tiene los nervios destrozados. Puede pasarse todo un mes hurgando en las tripas del mando a distancia de una puerta de garaje pero después, en cuestión de minutos, se pone nervioso y es capaz de tirar los muebles por la ventana.

De lanzar los cuadros, la mesa, las estanterías de la cocina.

Si pudiera, hasta tiraría su silla de ruedas.

Me quedo mirándole un momento. Ahora le tiembla el labio. Las gotas de sangre empiezan a empapar la venda de su dedo, y hurga con el destornillador, arriba y abajo, arriba y abajo, hasta que se oye un clic metálico y vuelve los ojos hacia donde yo estoy sentado. Me mira. Finas gotas de sudor le resbalan por la nariz.

—¡Lo ves, tío! —me dice—. ¡Lo sabía! ¡He inventado una mierda cojonuda, tío! ¡Cojonuda!

Me lo enseña. Yo no veo más que un simple mando a distancia de una puerta de garaje al que se le ven los cables. Se lo digo. El Paralítico me mira.

—Espera un momento —dice—. Vamos a probarlo. ¿Dónde está tu móvil?

Le digo dónde está. Se separa de la mesa y empieza a acercarse hacia mí. Tiene el mando a distancia en la mano. Tiene fuego en los ojos.

—Pues cógelo, y no lo sueltes hasta que yo te lo diga —dice.

Me levanto del sillón y busco en el bolsillo de mi chaqueta. Saco el móvil, se lo enseño al Paralítico que sonrío con su sonrisa de inquilino de manicomio. Me pregunta si está encendido. Le digo que sí.

—No lo sueltes hasta que yo te lo diga —repite, y me apunta con el mando a distancia. Además de los cables se puede ver una batería de litio colgando de un trozo de cinta aislante.

El Paralítico se toca el poco pelo que le queda pegado en la frente. Se ajusta las gafas de culo de vaso y aprieta el botón azul del mando a distancia. No ocurre nada. Pasan diez, quince segundos, y empiezo a notar cómo algo caliente me quema la mano, cómo la carcasa del móvil va cambiando de color hasta convertirse en un amasijo de plástico retorcido y requemado. El Paralítico me contempla desde cerca de la ventana. Se ha puesto ahí para ver mejor lo bien que funciona su invento. Ahora el aire de la habitación es una nube de humo blanco que apesta a petróleo y a productos químicos en descomposición. El Paralítico se retuerce en su silla.

—¡Joder, tío! —me dice—. ¡Cojonudo, tío! ¡Cojonudo!

Desde donde estoy puedo contemplar su silueta recortada por la luz que entra desde la ventana. Parece un viejo idiota, un retrasado mental que ríe y ríe sin parar. De repente me doy cuenta de que aún tengo el móvil en la mano. El plástico se ha quedado adherido a mi piel y no consigo soltarlo. El Paralítico se retuerce de risa.

—¡Ya puedes soltarlo, gilipollas! —me dice—. ¡Ya puedes soltarlo!

Se coge su vientre grasiento con las dos manos, y parece que de un momento a otro va a partirse en dos, a explotar salpicando de gruesos trozos de carne las paredes.

—¡Serás cabrón! —le digo—. ¡Este puto móvil me costó una pasta, subnormal!

—¡No jodas, tío! —me dice—. ¡Ya puedes soltarlo! ¡Ya puedes soltarlo!

Voy hacia el baño mientras intento despegar los trozos de plástico que aún quedan en la palma de mi mano. Abro la llave del agua fría. Un chorro helado empieza a lamer las quemaduras. El Paralítico se ha vuelto hacia la ventana y apunta con el mando a distancia a la calle. Empieza a apretar el botón azul. No pasa nada. Tras quince, veinte segundos, veo cómo salta en su silla.

—¡Joder, tío! —dice—. ¡Joder! ¡Ven, tío, no te lo pierdas! ¡No te pierdas esto!

Me enrolló una toalla alrededor de la mano y voy hacia donde está el Paralítico. En la calle, un tío con pinta de macarra trata de arrancarse del pelo lo que parece ser un amasijo de plástico derretido. Una mujer abre su bolso y empieza a agitarse desesperadamente. Un teléfono móvil, enorme, incandescente, arde en su interior. Un taxista da un volantazo y se estampa de bruces contra un autobús al que no para de subirse gente. El Paralítico aprieta el botón azul una y otra vez, y de la pared de al lado empiezan a oírse los gritos de la vecina.

—¡Cojonudo, tío! —dice el Paralítico—. ¡Cojonudo!

Hay que reconocer que a este tío a veces se le ocurren ideas sencillamente geniales.

A veces.

Todo ser humano dispone de una historia de vida, de lo que podríamos denominar el conjunto de relatos de sus experiencias personales que le da sentido a su existencia. Lo vivido condiciona y da forma a lo que somos. Es como un complejo retablo en el que están cinceladas todas las miserias y grandezas cotidianas que día a día van perfilando los contornos de nuestra personalidad. El Paralítico no es una excepción. Este descerebrado, al que ahora tengo ante mí, no siempre fue así. Antes de convertirse en lo que es, antes de ser un despojo de humanidad autodestructivo y con síntomas evidentes de psicopatía criminal, fue una persona como las demás. Al salir del molde del útero materno dispuso de las mismas oportunidades que cualquier otro para llegar a ser una persona de provecho, una pieza útil del sistema, un ectoplasma con patas que paga sus impuestos y procrea sin parar especímenes de su misma especie.

Pero ocurre que a veces algo se interpone en tu camino. Un suceso inesperado, una muerte prematura, unas condiciones sociales poco aptas para el correcto desarrollo psicosocial de la personalidad.

El Paralítico no siempre se ha llamado así. Nació, creció, comió e interactuó como todos los chicos de su barrio. Su madre fue relativamente normal hasta que cumplió los treinta. Su padre no tocó una botella hasta llegar a los treinta y cinco. Pero llega un momento en que las cosas empiezan a ir mal. Puedes cagarla en tu trabajo, o contagiarte de una enfermedad vírica incurable, o perder las ganas de hacer lo que haces, de ser lo que eres. Puede ocurrir un montón de cosas sin que apenas te des cuenta.

Y todas esas cosas, esos obstáculos que de repente te encuentras en tu camino, no suelen ser solo tuyos. Lo que te ocurre a ti repercute en los que tienes alrededor. Piensa en las ondas concéntricas que origina en el

agua en calma la caída de una pesada y voluminosa piedra. Piensa en unas fichas de dominó esparcidas en hileras kilométricas sobre una extensa superficie cayendo una tras otra en una sucesión interminable.

Expansión hasta el infinito.

El padre del Paralítico trabajaba, comía y dormía como los demás hasta el día que descubrió que le sacaba más partido emocional a la botella que a todas las cosas que tenía alrededor. Empezó a beber por las mañanas, a beber en las comidas, a beber a la salida del trabajo. Poco a poco fue descuidando sus obligaciones paternas. Al llegar a los cuarenta no era más que una triste caricatura, la sombra de lo que antes había sido. Se convirtió en un individuo cargado de ira, frustración y resentimiento hacia la humanidad, un tipo que deseaba la muerte de todo aquel que osara cruzársele por la calle. Perdió su trabajo, perdió las ganas de seguir con vida, perdió todo lo que antes le daba sentido a su existencia. Su mujer se comportó más o menos de la misma forma. Las ondas concéntricas que generó su marido al caer en la depresión la llevaron a transformarse en una madre desgana y neurasténica que solo podía aliviar su hastío existencial yendo al bingo todas las tardes. El dinero escaseaba, la casa se iba deshaciendo de muebles que eran adquiridos por cualquier chamarilero dispuesto a intercambiar unos pocos billetes por una cómoda, una mecedora, un televisor o un taquillón tallado en roble macizo. En el vecindario comenzaron a surgir rumores de maltrato en el hogar. Eran frecuentes las disputas por cualquier cosa, en ocasiones sin ningún motivo. A las peleas verbales le sucedieron las puramente físicas, y no era raro ver a la madre del Paralítico con un ojo morado o con algún que otro hueso roto. Lentamente la vida se les estaba escapando de las manos.

Ahora adivina quién estaba en el centro de todas esas ondas concéntricas. Haz un esfuerzo. Lo tienes ante ti.

El Paralítico, hasta ese momento, había sido un niño relativamente normal. En su vecindario era frecuente que uno de los dos miembros de la parentela fuese alcohólico o ludópata. En los barrios obreros, donde la existencia carece de alicientes, son habituales los excesos y las adicciones. De manera que su historia de vida, su relato existencial, no tenía por qué

torcerse debido a las malas relaciones entre sus padres, a los maltratos y a las palizas a medianoche. Iba al colegio, usaba los libros de segunda o tercera mano que le proporcionaba la parroquia, vestía la ropa que los ricos no querían, comía lo suficiente para ir creciendo poco a poco, sin ruido, sin llamar la atención. Tenía amigos con los que jugaba a las chapas y a lanzarles globos de agua a las chicas mayores para que se les notaran las tetas por debajo de la camiseta. Se pasaba todo el día en la calle, demorando en lo posible la vuelta a casa, las disputas y los golpes.

Todo transcurría con relativa normalidad. Pero las ondas concéntricas se rigen por leyes inmutables.

Una de esas leyes dice: «arrasaremos todo lo que encontremos a nuestro alcance».

Y la siguiente: «somos completamente impredecibles».

Y eso es lo que le jodió la vida al Paralítico.

Un día estaba jugando con sus amigos, torturando a una lagartija larga y flaca, mutilándole las patas y rajándole el cráneo tratando de mantenerla con vida, cuando llegó su padre y le dijo que fueran a dar una vuelta. El Paralítico no dijo nada porque sabía que a su padre no se le podía llevar la contraria, especialmente cuando había estado toda la tarde bebiendo y había perdido el poco dinero que le quedaba jugando a las máquinas tragaperras. Se levantó, se puso al lado de su padre y ambos comenzaron a caminar hacia un parque que había cerca de su casa. El padre no paraba de hablar sobre cosas que el Paralítico no entendía demasiado bien. El paso de los años, la distancia que se va creando entre padre e hijo, la vejez, la soledad. Cuando pasaron cerca de los columpios el padre le dijo que hacía mucho tiempo que no jugaban juntos y que no estaría mal que se subiera a un columpio para que él le empujara. El Paralítico se le quedó mirando un rato, sintiendo su aliento cargado de vino barato, y le dijo:

—Ya soy mayor para esas cosas, papá.

El padre se quedó un momento pensativo, miró hacia arriba, miró la cabeza del niño, y lanzó un puñetazo que le alcanzó en plena cara. El Paralítico cayó al suelo con la nariz partida, y vio cómo su sangre iba empapando la arena parduzca del parque.

—¡Que te subas, coño! —dijo el padre.

Así que el Paralítico se levantó, trató de taponar la hemorragia con el pañuelo que tenía en el bolsillo de su pantalón y se subió al columpio. Tenía las piernas demasiado largas y sus pies rozaban el suelo. El padre se colocó detrás de él, puso sus manos en el respaldo del columpio y empezó a impulsarle con suavidad.

—¿Ves qué bien, mocosos? ¿Ves que no debes llevarle la contraria a tu padre? —le decía.

El Paralítico se agarraba lo mejor que podía a las cadenas que unían el respaldo a la estructura metálica del columpio. Su nariz seguía goteando sangre, pero no se atrevía a soltarse para limpiársela. Contemplaba el vaivén del mundo desde sus ojos de niño, y el dolor que sentía en la cara era como un rayo que le atravesaba el cráneo. Tenía el sol encima de la cabeza, tenía el aire en los pulmones, tenía un grito contenido en la garganta. El padre le balanceaba una y otra vez hasta que algo crujió en su interior y empezó a darle empujones cada vez más fuertes al respaldo. El Paralítico comenzó a elevarse por los aires sin poder frenar. Tenía las piernas agarrotadas por el miedo y su boca era incapaz de articular sonido alguno. Sentía el aire caliente entrando en su cuerpo. Sentía en cada vaivén más cerca el cielo, y escuchaba los alaridos del padre que no paraba de gritar.

—¡Vuela, hijoputa! ¡Vuela! —gritaba.

Las ondas concéntricas se rigen por leyes fijas, leyes inmutables que se cumplen con una exactitud matemática.

La tercera de esas leyes dice: «nuestras consecuencias son irreversibles».

Mientras el Paralítico volaba cerca de las nubes, una de las ondas concéntricas quiso que su padre le diese un empujón más fuerte de lo normal, de manera que el asiento dio una vuelta completa en el aire. El Paralítico salió despedido varios metros hacia delante, dio una vuelta de campana y tuvo la mala suerte de caer de cabeza.

¿Sabes lo que ocurrió a partir de ese momento?

El Paralítico estuvo varios meses internado en un hospital. Se había fracturado la médula espinal por varios sitios, y tuvo suerte de no quedarse tetrapléjico. Los médicos le proporcionaron una silla de ruedas y algún que otro medicamento para paliar el dolor que le provocaban varias costillas astilladas.

De esta manera los padres del Paralítico lograron dos cosas.

La primera de ellas, la más obvia, es que el Paralítico jamás volvió a caminar.

La segunda fue despertar en él traumas, adicciones y trastornos mentales a largo plazo.

A partir de ese momento nada volvió a ser lo mismo. A su padre lo internaron en un manicomio estatal y su madre se quedó con su tutela tan solo por la pensión de invalidez que le proporcionaba tener un hijo menor con minusvalías superiores al 70%. Como eran pobres, su madre no pudo pagarle las mensualidades de un colegio especial para paralíticos, de manera que tuvo que volver al mismo cuchitril infecto en el que estudiaban todos sus antiguos amigos. Pero ya no era uno más. Ya no compartía sus mismos juegos, ni podía trepar por los árboles, ni darle patadas a un balón plástico barato. Ahora era una persona especial o, lo que es lo mismo, alguien con el que nadie quería hablar, ni jugar, ni hacer los deberes. Nada de eso. La niñez es la etapa más cruel en el desarrollo psicosocial del ser humano. Y el Paralítico, poco a poco, se fue quedando solo, como su padre, como su madre. Las ondas concéntricas le habían obligado a ser la persona que él habría odiado ser. Se estaba convirtiendo en la

reproducción exacta de sus progenitores, siéndole fiel al legado que sus padres, adictos y enfermos, dejaban a la posteridad.

Ser paralítico a los nueve años no resulta nada fácil. Tener una madre ludópata y un padre al que le faltan varios tornillos en la cabeza puede ocasionarte serios trastornos de personalidad. Súmale a eso las bromas de tus compañeros de clase, las dificultades en la hora de los recreos, tener que mear con alguien al lado, necesitar a los demás para poder subir las escaleras. Añádele una buena dosis de maldad por parte de la gente que te rodea, barreras arquitectónicas por todas partes, palos entre los radios de las ruedas de la silla, collejas y pedradas. Insultos, motes, agresiones y vejaciones, todos los días de tu vida.

Haz un ejercicio de proyección mental y tendrás como resultado a la persona que tengo delante de mí, al individuo enfermo y trastornado que solo vive y trabaja para destruir a la humanidad, para devolver un poco del dolor que a él le ha correspondido sufrir a todos los hombres y mujeres que se crucen en su camino.

Hazlo y comprenderás por qué estoy aquí.

Sí, has acertado.

Estoy aquí porque yo fui uno de esos niños que jugaron con el Paralítico a las canicas y a lanzarles globos de agua a las chicas mayores hasta que a su padre se le cruzaron los cables y le empujó demasiado fuerte en el columpio. Y tendré que aguantar todas sus paranoias, todas sus depresiones, todos y cada uno de sus brotes de esquizofrenia porque, en cierto modo, soy copartícipe de lo que tengo ante mí. Porque fui uno de los que le daban collejas, de los que le insultaban y le vejaban hasta la extenuación. Porque, en resumidas cuentas, yo inventé el juego de meter un palo entre los radios de las ruedas de su silla en pleno movimiento, y he visto todas sus caídas, todas sus heridas, todos sus huesos rotos desde el momento en que el juego que inventé se convirtió en el pasatiempo favorito de los niños de la escuela.

Así que contemplo al Parálítico yendo hacia el mueble del salón, sacando una botella de whisky barato, sirviéndose un vaso lleno, sin hielo, a las doce de la mañana, y pienso:

He creado una criatura perfecta.

Pienso todo eso, y ¿sabes lo que pasa?

Pues pasa que me siento como un maestro cuyo discípulo ha superado todas sus expectativas.